

El Mundo Educativo

Asociación Timoneda

La escuela se ha vuelto más conflictiva porque cada vez alberga más tiempo de vida, más complejidad, entre sus paredes. Es el espacio de la familia y de la relación comunitaria lo que se ha achicado. Para muchos adolescentes, la amistad, y también el odio, tiene por principal y casi única vía la puerta del colegio o del instituto. La conflictividad escolar no es tanto un rechazo como un S.O.S. Del maestro se espera a veces demasiado... Es comprensible la tensión ante semejante demanda. Pero ¡qué suerte que esperen de uno algo!

Amor y odio en las aulas, Manuel Rivas

¿Un Mundo Feliz?

Casi siempre que se aborda, en los últimos tiempos, cualquiera de los aspectos que conforman el mundo de la educación se advierte con claridad una sensación de crisis o de estado de preocupación por el horizonte que se dibuja. Parece más o menos aceptado que algo ha ido deteriorándose en el panorama global del sistema educativo, sin que ello signifique el acuerdo social en el diagnóstico de los problemas. En efecto, todas las reflexiones abordan, con más o menos rigor, determinados elementos necesitados de cambios aunque en la mayor parte de los casos los análisis sólo centran su enfoque en los resultados cuantificables que miden la incidencia del célebre fracaso escolar en la población.

La valoración de la mayor o menor calidad de nuestro sistema educativo suele ir ligada a una visión centrada en el rendimiento académico de los alumnos, aspecto sin duda sustantivo en todo lo que concierne a la educación, pero no exclusivo, si se tienen en cuenta algunas de las nuevos retos que se plantean en nuestra compleja sociedad, en la que parece que el aprendizaje no es sólo una actividad de transmisión de información.

En las siguientes páginas, intentaremos aportar a este debate nuestra visión del panorama, teniendo en cuenta aquellos factores que consideramos claves para la interpretación del nuevo mapa que se está configurando en los centros educativos y que sin duda reflejan los cambios que se han ido produciendo, a una gran velocidad, en la sociedad de nuestro país.

Un poco de historia o Cuéntame

En apenas treinta años, y a un ritmo vertiginoso, la sociedad española se ha convertido en otra bien distinta a la que hemos vivido los propios protagonistas que hoy estamos implicados en la educación. No es este el lugar para extenderse en la descripción de tan complejo proceso, pero no puede pasarse por alto si quiera el comentario de algunos nuevos elementos que influyen

decisivamente en el entorno del mundo educativo.

A nuestro juicio, cuatro son los factores que merecen destacarse: la heterogeneidad de una clase media cada vez más extensa, la incorporación de la mujer al trabajo, la ampliación del periodo de la vida académica y la transformación de España en un país desarrollado, receptor de inmigración.

Durante las últimas décadas se han ido difuminando las líneas de un país muy homogeneizado por sus circunstancias políticas. La uniformidad de los estilos educativos era muy similar a la que presentaban todos los ámbitos de nuestra cultura; aunque nunca dejaron de producirse excepciones osadas, el discurso social se caracterizaba por la homogeneidad propia de las sociedades sometidas.

Ahora, con la necesaria perspectiva histórica podemos afirmar que la educación constituía un valor positivo puesto que no todos los españoles podían acceder a una formación general; la escuela entonces tenía un cometido diferenciado y así, era percibida como una institución cuyo servicio podía dotar al ciudadano de oportunidades sociales para el progreso. El desarrollo de una clase media urbana favoreció asimismo la consideración positiva de los “estudios” que se convertían en una suerte de puente hacia la sociedad moderna.

El nuevo modelo de familia, menos extensa, más consumista y cada vez con una mayor esperanza de vida, ha precipitado el modelo de “mujer trabajadora” que provoca a su vez no pocos cambios en el modelo educativo. Los niños se envían a la escuela cada vez antes y permanecen en ella cada vez más tiempo. Algunos de los límites de las funciones comienzan a diluirse de modo que va produciéndose un “traspaso de competencias” poco definido aunque tan real que lanza a un cruce de múltiples exigencias entre los responsables de la educación.

¿Quién debe encargarse de enseñar en los primeros años de vida? ¿Deben llegar los niños a la escuela con algunos hábitos adquiridos? ¿Cuáles son los anhelos que escuela y familia deben compartir?

No parece exagerado afirmar que demasiado temprano empieza a crearse un espacio para la desconfianza mutua entre aquellos implicados que se supone se dedican a un mismo afán, y en consecuencia, puede fomentarse en los niños la percepción de que no todo lo que oye en casa se corresponde con lo que le cuentan en la escuela y viceversa.

Al mismo tiempo, a lo largo de varias reformas legislativas (demasiadas reformas legislativas) va definiéndose un sistema educativo que persigue abarcar a la mayor parte de la población, provocando indirectamente la “devaluación” de la formación académica, en tanto que pierde su valor diferencial en el mercado profesional. Por extraño que parezca, la escuela pierde prestigio social al mismo ritmo que va universalizándose.

Habría además que hablar de la concurrencia de otros muchos elementos, tales como la nueva cultura de masas que invita a nuevos agentes en la educación: televisión, publicidad, internet y un largo catálogo de supuestos competidores, que animan aún más el ajetreado escenario de nuestra tarea.

Todos estos factores nos recuerdan que la heterogeneidad, que rima con complejidad,- y también con libertad- se ha instalado en nuestra cultura, como consecuencia del crecimiento de

un país que se enfrenta ahora a las situaciones propias de un estado democrático. Pero nada nos recuerda tanto esta profunda transformación, como el hecho de que los hijos de quienes hace tan poco vieron marchar a sus padres a Francia o a Suiza en busca de una vida mejor, tienen ahora delante de ellos, en sus aulas, un variado mosaico de nacionalidades, de jóvenes adolescentes cuyos padres buscan también una vida mejor en nuestro país.

El extraordinario camino que España ha recorrido en tan poco tiempo y que ha sido reconocido como ejemplar en otros países ha deparado, como no podía ser de otro modo, una cierta perplejidad ante la magnitud de las novedades. Pero como afirma D. Federico Mayor Zaragoza: "El futuro es nuestro gran reto. Nuestro gran compromiso. Mirar hacia delante cada día....Y alertar a tiempo, aportando soluciones y rutas inéditas para el horizonte menos sombrío que soñamos para nuestros hijos."

Los Noventa: la Obligatoriedad de la Educación. La LOGSE en el país de las maravillas.

Quienes tienen relación con la enseñanza en España, podrían aceptar, pensamos, que ha sido en la última década en la que con más agudeza se han precipitado los cambios más importantes en el sistema educativo español y que, probablemente, el hecho que ha influido más notablemente en esta transformación ha sido la ampliación de la obligatoriedad de la enseñanza hasta los dieciséis años. Esta exigencia social que proviene de la inclusión de España en el ámbito de la educación en Europa ha provocado una verdadera agitación entre los profesionales por cuanto ha significado en relación con un nuevo planteamiento sobre cuál ha de ser la función de la escuela, del educador, de la educación, en suma tal y como sugeríamos más arriba.

Un resumen apresurado nos llevaría a recordar sobre todo dos ideas: la enseñanza se torna comprensiva (para toda la población) y compensadora de las desigualdades sociales, al menos sobre el papel; dicho de otro modo, se plantea una concepción del sistema educativo destinado a una democratización del saber, a la formación de ciudadanos con igualdad de oportunidades, en una sociedad que quiere incorporarse a la normalidad democrática.

Ocurre, sin embargo, que esta incorporación masiva de los adolescentes a las aulas no se ha producido en las mejores condiciones, ni con los necesarios ajustes ante cualquier cambio estructural y, en no pocos casos, se han atribuido a estas circunstancias dolencias que no se deben a la implantación de la Ley sino a la coincidencia en el tiempo con múltiples transformaciones sociales que están en la base misma de los cambios que por qué no decirlo, a menudo nos atemorizan.

Los nuevos educadores. Nuestra experiencia del cambio o Hable con ellos.

Cuando decidimos presentar estas reflexiones después de nuestra experiencia en común, advertimos una circunstancia que nos pareció significativa; al repasar nuestras biografías profesionales nos dimos cuenta de que la mayoría de nosotros había iniciado su aprendizaje didáctico en antiguos centros de Formación Profesional, aunque somos licenciados de disciplinas consideradas de orientación universitaria. ¿Y cómo podíamos interpretar aquella

coincidencia? Muchos de nosotros percibíamos una sensación de inadaptación entre las prácticas educativas consideradas tradicionales y un cierto temor a “desvelar” nuestras prácticas en el aula, ante el desconcierto o la desaprobación de algunos compañeros de los antiguos centros de B.U.P. Sin embargo, esa “heterodoxia” se avenía perfectamente a la manera de enseñar que se exigía en los centros de F.P , menos orientada a la adquisición de aquellos contenidos que constituían nuestra especialidad. ¿Cómo plantear una clase de “La sociedad feudal”, “ El Cantar de Mío Cid” o el “Funcionamiento de la célula” a alumnos cuya expectativa laboral les alejaba cada trimestre un poco más de nuestros objetivos de aprendizaje? El contacto con estos alumnos nos hizo adquirir cintura, flexibilidad y musculatura para asumir después muchas de las situaciones que a otros profesionales de los centros más añejos de B.U.P. les sorprendieron quizás menos advertidos.

Sucedió asimismo que la mayoría de esos centros estaban situados en la periferia de las poblaciones (por no decir en las zonas más deprimidas), hecho que favorecía un determinado perfil del alumnado. No hace falta repetir el conjunto de atribuciones tópicas que acompañan a este sector de los adolescentes, pero quizás sí conviene precisar que a estos alumnos “difíciles” solía acompañarlos un profesorado llamémosle también “periférico”, es decir, profesionales cuya vinculación con su trabajo abarcaba una especie de “prima” o “valor añadido”. A menudo, se asociaba esta actitud con cierta devaluación de su tarea, por cuanto los famosos niveles de contenidos empezaban a situarse detrás de algunas urgencias de otro carácter. Otras veces, se relacionaba incluso con alguna carencia formativa, que diferenciaba estos profesores de la excelencia universitaria.

Fue en estos centros en los que, suponemos que no precisamente por azar, fueron implantándose los primeros ensayos de la célebre Reforma de las Enseñanzas Medias, lo que acabaría siendo la nueva Ley Orgánica General del Sistema Educativo. Se habían ido produciendo todas las condiciones para que aquellos cambios que proponía la ley se acogieran de mejor grado en los centros en que la progresiva conflictividad hacía necesaria una actuación urgente. Se iba evidenciando que hacía falta un nuevo paradigma profesional, una visión revisada de nuestra tarea académica, si queríamos conseguir una comunicación eficaz con estos nuevos alumnos, a qué negarlo, no siempre encantados de conocernos.

Muchos de nosotros comenzamos un ya largo período de formación en múltiples áreas, en muchas horas de cursos, cursillos y seminarios, con la intención de adquirir habilidades y técnicas que nos ayudaran a mantener el control de la situación.

Es probable que fuera formándose un cierto espíritu que preparó lo que finalmente, acabaría siendo un modo de entender la práctica educativa y que no sólo consiste en la adquisición de técnicas. Habíamos ido formando un grupo de trabajo que necesitaba compartir un lenguaje, una visión que desde el principio intuíamos. Los profesores “periféricos” estábamos persuadidos de que para mejorar la calidad del aprendizaje, teníamos que entender las claves de la relación humana con nuestros alumnos. Ese era el verdadero reto para el que la universidad no nos había preparado.

Los clientes. ¿Qué hace un alumno como tú en un sitio como este?

Observemos ahora cómo ha ido modificándose el complejo entramado de las relaciones entre

alumnos y profesores, ahora en que la sociedad de la información no parece habernos aportado más conocimiento.

Salvador Cardús en su extraordinario ensayo “El desconcierto de la Educación” (Ediciones B, Barcelona, 2001) explica que “la principal dificultad a la que se enfrentan los alumnos en la actualidad es que padres, maestros y escuela en general no se ponen de acuerdo en precisar qué esperan de estos alumnos”.

Del mismo modo que cuando presenciamos un anuncio publicitario sobre, pongamos por caso, una entidad bancaria que afirma estar al servicio del cliente, esbozamos una sonrisa mezcla de incredulidad e ira, así puede percibirse el extraño pacto que hoy intentan creerse profesores y alumnos. Si consideramos todas las exigencias que la sociedad ha depositado en la educación y todas las que los profesores han vertido sobre los alumnos, podrá comprenderse la paradoja de comprometerse en la educación de un adolescente de hoy. Los roles no siempre están claramente definidos; no ya solamente entre todos los maestros que intervienen, sino también entre estos y las familias y entre estas y las demandas de inclusión social. Se ha de atender a la formación de jóvenes autónomos, críticos, instruidos y participativos (y tolerantes, de hábitos saludables, cooperativos, etc) en el marco de una organización en que apenas se han modificado las estructuras tradicionales de un sistema rígido, jerarquizado y repleto de normas apenas consensuadas. Se diría que en palabras de Cardús:” Todos, maestros y alumnos, deben improvisar un papel como si ensayaran en un grupo teatral a cuyo apuntador hubieran despedido”

Así las cosas, no es difícil imaginar la progresiva instalación en las aulas de un claro divorcio entre los códigos de comunicación y de conducta entre profesores y alumnos.

Viene afirmándose cada vez con más insistencia que en las aulas de nuestros centros, y en las de los demás países, el comportamiento de los adolescentes es casi imposible de soportar; si repasáramos el retrato robot que han fabricado los medios de comunicación sobre los estudiantes españoles, tendríamos que destacar tres palabras: violento, botellón y analfabeto.

No negaremos que el perfil de nuestros alumnos es hoy día bastante distinto al de los que seleccionaba el sistema hace apenas unos años; la diversidad del alumnado al que hemos de atender supone, sin duda, un caleidoscopio que va transformándose sin que podamos aventurar qué paisajes se forman en un aula. Es cierto, asimismo, que el medio ambiente en el que muchos de los adolescentes están inmersos no coloca a la escuela como principal núcleo de interés, pero no es menos cierto que en muchas ocasiones, la conducta de estos alumnos hostiles no es sino una consecuencia de la dificultad de interpretar un papel cuyas reglas son a menudo contradictorias, nada claras y en colisión con las que envía unos adultos que no siempre son capaces de ponerse de acuerdo.

Apocalípticos e integrados. El fracaso escolar.

De todo lo dicho hasta ahora, puede deducirse que la situación actual en las aulas plantea no pocas incertidumbres y una certeza: algo no marcha como debiera. Como señalábamos al inicio de estas páginas, casi siempre se señala con el dedo una realidad muy visible en la que parece resumirse la “enfermedad” de la educación en nuestro país y que se ha denominado:

fracaso escolar. Lo cierto es que a pesar de los esfuerzos legislativos, hoy día, más de un tercio de los estudiantes españoles no supera con éxito las demandas del sistema para la obtención de su titulación no universitaria, esto es, la certificación que le da paso al mercado laboral, o a la ampliación de su formación no obligatoria.

Podríamos hablar mucho de las causas de este hecho, pero probablemente no encontraríamos más que una maraña de suposiciones difícilmente verificables. Es posible que el sistema educativo no haya sabido adaptarse a tantos cambios; que la sociedad en su conjunto haya descendido también en sus “niveles culturales”; que la cultura no se adquiriera ya sólo en las enseñanzas formales; que la calle sea la universidad de muchos adolescentes y tantas otras y verosímiles explicaciones.

La desmotivación, la ausencia de expectativas, las dificultades para la adquisición de destrezas comunicativas de calidad, la falta de hábitos de trabajo, la escasa atención al cumplimiento de las normas, el escaso bagaje de conocimientos enciclopédicos, la preferencia por los lenguajes visuales frente a la cultura libresca.....abruma sólo enumerar las carencias con que a diario se perfila al alumno no integrado o fracasado.

Muchos de ellos, los que llamaremos apocalípticos, pasan la mayor parte de su tránsito académico con plena conciencia de su exclusión, con un dictamen tantas veces emitido que va formando sus propias señas de identidad; constituye su tarjeta de visita, su manera de presentarse ante los demás, a menudo, con tanto relieve, que puede también dar color a un grupo completo. No faltará quien esté dispuesto a agregarse a ese club.

No puede decirse naturalmente que todos los alumnos vivan de esa manera su experiencia escolar, pero sí debe advertirse que el sistema pierde agua de una manera que llegará a ser alarmante en la enseñanza pública de no reconocerse que los alumnos llamados apocalípticos precisan una atención distinta a la que hasta ahora reciben, por su necesaria integración y por la salud de un servicio público que no está llegando a un elevado número de adolescentes que tal vez pidan algo detrás de un fracaso tan temprano.

¿Y si pasamos a la acción?

“Debería reconocerse que el progreso de la educación depende en gran parte de la formación y de la competencia del profesorado, así como de las cualidades humanas, pedagógicas y profesionales de cada educador”

UNESCO-OIT 1966: 4.

Hemos realizado un proyecto de vida profesional y nos encontramos sumergidos en el mundo educativo. Ante cada uno de nosotros se presenta un gran reto. Es arriesgado poder afirmar si somos en ese momento plenamente conscientes de las dificultades del mundo en que nos adentramos. Pronto sentimos el vértigo de la realidad, de la gran complejidad educativa.

Un rasgo esencial del ser humano es alcanzar lo mejor de uno mismo. Para Bertalanffy y otros psicólogos humanistas la autorrealización constituye una tendencia fundamental. Así, impulsados por el fuerte compromiso personal y profesional, cada uno de nosotros pone en

marcha una serie de mecanismos que nos inician en una andadura formativa permanente, pues de idéntica dimensión son los desafíos de la educación.

Diversos autores establecen un paralelismo entre las distintas etapas evolutivas y el desarrollo vocacional y profesional. La entrada en la edad adulta coincide con la etapa de establecimiento, que puede comenzar con ensayos y cambios y que se caracteriza por el esfuerzo y la creatividad. (Böhler 1944 y Super 1957). El desvalimiento, la invalidez con que nace el ser humano se complementan con su mayor grado de plasticidad, con sus mayores posibilidades de desarrollo y perfección. Así, pensamos que hemos iniciado nuestra carrera profesional con cierto bagaje cultural a la vez que desprovistos de estrategias y conocimiento sobre la práctica educativa. Y es esto, lo que nos impulsa a cada uno de nosotros desde un rincón particular a lanzarnos a correr riesgos, con el único objetivo de ser verdaderamente consecuentes con nuestra profesión.

El proceso enseñanza – aprendizaje es complejo porque múltiples son las dimensiones de la persona y múltiples las coordenadas de la realidad socio-cultural de que forma parte.

Cómo llegar a nuestros alumnos, cómo motivarlos, cómo establecer los canales de comunicación más adecuados, cómo atender a los diferentes ritmos de aprendizaje..

Cómo crear un clima adecuado, cómo formar grupos dinámicos, participativos, cooperativos, tolerantes, solidarios...

Cómo ligar el aula a la vida, cómo abrir la institución a la comunidad ...

Cómo enseñar a aprender, a pensar...

Cómo desarrollar la abstracción, la creatividad, la curiosidad ...

Cómo establecer un sistema de revisión, autoevaluación, retroalimentación...

Tantos y tantos cómo...

“Hacernos intelectualmente dignos de nuestras perplejidades es la única vía para empezar a superarlas”

(Savater, El valor de educar, 1997)

Comenzamos entonces a cimentar relaciones, a compartir historias y esfuerzos que nos van comprometiendo más y más. Es aquí donde queremos detenernos para poder expresar, por una parte el alivio de compartir, antídoto eficaz de ansiedades y tensiones, y por otra, la fuerza de emprender y proyectar con una misma mirada.

¡Acción!

Hace ya unos 15 años, empezaron a desarrollarse programas de atención específica dirigidos a alumnos con necesidades educativas; se trataba de una serie de medidas académicas para alumnos con grave riesgo de quedar descolgados del sistema y a quienes se les ofrecía la oportunidad de reincorporarse o de obtener al menos la titulación obligatoria, si aceptaban intervenir en estos programas de actuación no ordinaria.

Los programas de diversificación curricular, puestos en marcha entonces, más todos los que se han ido desarrollando posteriormente; de adaptación curricular en grupo, de compensatoria, de prevención del absentismo, por sus características, (se aglutinan áreas en grandes ámbitos de conocimiento, se reduce el número de profesores, se refuerza la labor tutorial, se potencian los aprendizajes prácticos e instrumentales y se reduce el número de alumnos) posibilitan el conocimiento no sólo del nivel académico de estos alumnos, sino también de todos aquellos factores que influyen en su vida y que pueden estar distorsionando su quehacer académico.

Cuando el alumno se encuentra en uno de estos programas, su comportamiento mejora en todos los ámbitos: en el aula, en el centro, en su familia. ¿Qué es lo que ha pasado?. ¿Qué tratamiento se ha aplicado para que el alumno comente que por primera vez tiene un profesor que le comprende?

Una realidad palpable en los programa de atención a la diversidad es que se conoce mucho más a los alumnos y su entorno social, con ello el profesor se da cuenta de que detrás de una gran mayoría de estos alumnos hay algún tipo de problemática importante: disfunciones familiares, enfermedades, problemas con sus iguales, abusos...

Profesores, alumnos y familia forman un conjunto de elementos que interactúan entre sí influyéndose mutuamente, y, al que podemos llamar sistema. En la medida en que se conozca mejor su funcionamiento, podremos actuar, desde nuestro ámbito, para no reproducir comportamientos que generen disfunciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AAVV. Cómo dar respuesta a los conflictos. La disciplina en la enseñanza secundaria. Edit. Graó. (1.998)

Castells, M. La era de la información, economía, sociedad y cultura. Vol. I: La Sociedad Red. Alianza Editorial, Madrid, (1.997)

Hernández, I. Prevención de la violencia y resolución de conflictos. Edit Narcea. (1.998)

Garberí, R. y Compañ, E. Evolución, Sistemas y Terapia Familiar. Diputación Provincial de Alicante. (1.990)

Hargreaves, A, Earl, L. y Ryan, J. Una educación para el cambio. Ed. Octaedro, SL (1.998).

Hernández, F. y Sancho, J. Para enseñar no basta con saber la asignatura. Edit. Laia. (1.989).

Bateson. Pasos hacia una ecología de la mente. Edit. Buenos Aires.

Fishman, Ch. Tratamiento de adolescentes con problemas. (Un enfoque de terapia familiar). Ed. Paidós.

Selvini, M. Al frente de la organización. Ed. Grupos e Instituciones.

Stoll, L. y Fink, D. *Para cambiar nuestras escuelas*. Ed. Octaedro, SL. (1.999).